

Arquitrave



Luís Muñoz • José Luís Piquero • Eva Vaz • Abraham Gragera
Antonio Lucas • Carlos Pardo • Juan Antonio Bernier
Antonio Portela • José Daniel García • Antonio Agredano

Luces amarillas

Detrás de la ventana
todo es luz,
serpientes con candelabros
atados a la espalda.

De este lado,
nosotros, o yo solo,
no sé,
a veces olvido
que soy sólo uno.

El destino son luces amarillas
arrojadas sobre el asfalto.

Mario Echeverry Beltrán

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

suscriptores@arquitrave.com

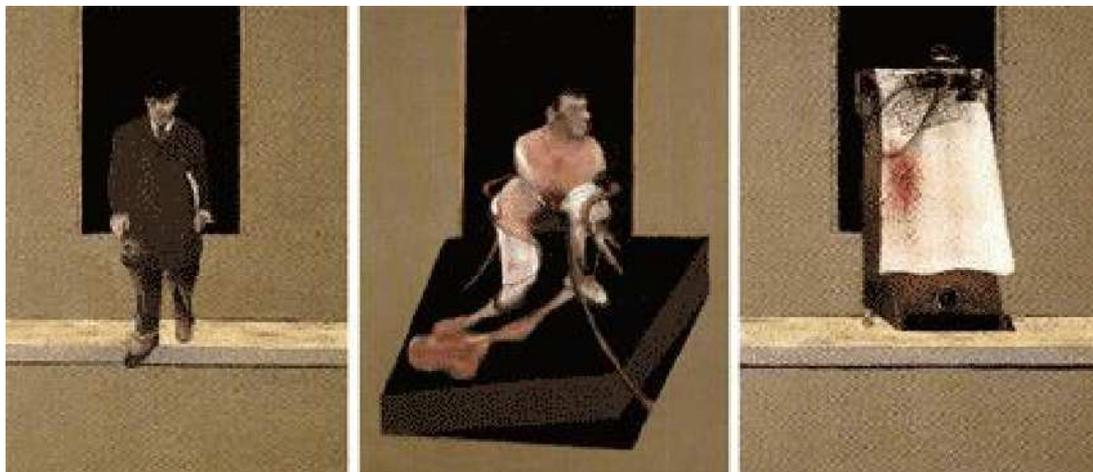
ISSN: 1692-0066

Año V # 26

Agosto de 2006

LÓGICOS Y ÓRFICOS

Luís Antonio de Villena



Tras la fuerte eclosión y la dispersión, luego, de la llamada «estética novísima», (la de mi generación, en los pasados años 70), la poesía española, los nuevos que se iban incorporando, pareció escindirse un tiempo –y eso marca a la Generación del 80- en dos bloques aparentemente irreconciliables. De un lado lo que se llamó (sin precisión crítica en ninguno de los casos) «poesía de la experiencia», y del otro, la «poesía del silencio», que pronto pasó a la denominación más clásica de «poesía metafísica». Tras estas etiquetas en exceso generalistas hay –eso sí- dos diferentes maneras de concebir la poesía. Por «experiencia» se entiende básicamente una poesía del realismo meditativo, que no desdeña la narratividad (poética) y que busca, en un necesario lenguaje de arte, la sutil retórica de lo coloquial. Un orbe culto de cercanía al lector y a la cotidianeidad vital. Por «metafísica» –al contrario- se entendió una poesía de búsqueda en las palabras, de cuidado hermetismo, y de análisis de lo mental en sí, en un evidente camino irracionalista o trans-racionalista, como le gusta más decir a uno de sus «seniors».

Frente al fulgor lógico el alógico, al que me he referido como «órfico», recordando que esa poesía que indaga en lo oscuro, parte en la Antigüedad, de las doctrinas y los himnos de Orfeo. Como he dicho, la escisión

entre estos dos caminos fue tan grande (a mi entender dejando de lado la sana pluralidad que muestra la historia de cualquier literatura) que escribir en una de esas estéticas equivalía a juramentarse como enemigo inmisericorde de la otra. Ciertamente que si el prestigio pudo repartirse más o menos por igual, los lectores optaban preferentemente por la primera de las maneras aludidas.

Sin embargo, a finales ya de los pasados años 90, empezó a vislumbrarse (tímidamente, al principio) un cansancio en tan estéril batalla, y – por parte de los más jóvenes, de los que acaso iniciaban un tiempo diferente- un deseo de cerrar la polémica y en bastantes casos un gusto natural por intentar conciliar, cada cual a su modo, ambas corrientes. Ese camino es el que tratan de reflejar dos antologías mías: *10 menos 30* (1997) y sobre todo –porque la tendencia estaba ya más desbrozada- *La lógica de Orfeo* (2003). Sigo creyendo –y con más pruebas- que ese camino de fusión es el que caracteriza hoy lo mejor de la joven poesía española, aunque muchos poetas más jóvenes se deslizan con facilidad hacia la elipsis (fuerte, a veces) mientras otros acentúan lo reflexivo. Lo que produce poemas que se dirían óleos –valga el símil pictórico- frente a otros que son delicadas y a veces estupendas acuarelas... Entre los que superan ya los 40 años, Carlos Marzal es (entre los últimos) el poeta que representa la solidez de lo meditativo, sobre todo con su libro *Metales pesados* (2002), mientras que Jorge Riechmann, también en esa década de edad, es un irracionalista-metafísico, que últimamente busca, en la preponderancia de la imagen, un discurso más real. Incluso de inmersión en la crítica de lo cotidiano. Por ejemplo con *Desandar lo andado* (2001) o *Ahí te quiero ver* (2005).

Lo que el lector tiene ahora en sus manos, dentro de la dialéctica y tendencia que acabo de formular someramente, es lo último de lo nuevo, o por mejor decir una personal selección mía, de eso último entre lo nuevo, que comienza por un poeta de 40 años, Luís Muñoz, que ya nítidamente inaugura su madurez, y sigue (dentro de las medidas de *Arquitrave*) por poetas que van de la clara meditación realista –José Luís Piquero, Antonio Portela o Eva Vaz- hasta quienes adelgazan lo real para –con imágenes- producir vías a la emoción y al pensamiento: desde

el más hermético Abraham Gragera o el casi surrealista (que evoluciona) Antonio Lucas, al lirismo afinado de Carlos Pardo o Juan Antonio Bernier, terminando con los más jóvenes del conjunto, José Daniel García y Antonio Agredano, que en sus momentos mejores – a mi entender- quieren mezclar el lirismo con lo rebelde. Y esto no me parece gratuito precisamente en los últimos, pues acaso vuelva a quedar claro que en el lúgubre mundo actual, pleno de injusticia y desarreglo –ecológico también- la poesía, que es arte (y que sólo debe manifestarse como arte) necesita dar cuenta de la crisis y decir, además, pero sin ninguna clase de panfletismo, que «otro mundo es posible». Como en otros quehaceres, muy pronto una real poesía nueva, será desde su forma y belleza, la poesía también de una moral distinta. Pues sin otra moral no habrá ni otro mundo ni otra lírica. Y esto los poetas mejores lo saben y lo practican ya. Entre los seleccionados - insisto, mi opción en el espacio de esta revista amiga- el lector lo percibirá a menudo.

Quiero por último dar las gracias a mi amigo Harold Alvarado Tenorio, no sólo porque me sugiriese cumplir esta tarea de antólogo, sino por ser un poeta latinoamericano que se interesa de antiguo por la moderna poesía española. Desdichadamente (me temo) muchos poetas iberoamericanos de hoy conocen muy poco la poesía que se escribe en España en su mismo idioma.

Madrid, 28 de Mayo de 2006.

LUÍS MUÑOZ



Luís Muñoz (Granada, 1966). Licenciado en Filología Española y Románica de la Universidad de Granada, es asesor de la Residencia de Estudiantes, profesor de poesía de New York University en su programa de Madrid y dirigió la revista *Hélice* (1992-2002). Ha recibido los premios Generación del 27 y Ojo crítico y ha publicado traducciones de Giuseppe Ungaretti. Algunos de sus últimos libros son *Querido silencio* (2006), *Limpiar pescado* (2005), *Correspondencias* (2000) y *Manzanas amarillas* (1995).

Fábula del tiempo

Seguramente, si lo piensas,
estos años no van a repetirse.
Vivirás su carencia irremediable,
se llenará de sombras tu mirada,
te habitará el vacío y, con el tiempo,
se destruirá tu imagen del espejo.

Y esperarás cansado, te aseguran,
muchas tardes morir en tu ventana,
buscando en la memoria
ese tiempo feliz, siempre perdido,
esa estación dorada que tuviste
y que debe ser ésta, más o menos.

Postales en un sobre

Tomaron un pequeño apartamento
al calor de la historia que empezaba
en un pueblo radiante de la costa.
Las familias miraban de reojo
su dulce suficiencia,
su ambigua cercanía cuando tomaban sol,
los leves empujones en la orilla
de muchachos buscándose en el juego,

la risa incontrolable,
el júbilo de luces y de compras
los días de mercado
y un remolino oscuro de murmullos
se levantaba al paso como una nube torda.

En sólo quince días avivaron
contrarios sentimientos, un ascua adormecida
y una imagen inquieta de la felicidad.

Recordarían de aquello más que nada,
muchos años después, en su país del norte,
la coartada airosa de su idioma
para hablar de deseo sin entenderles nadie,
las noches enlazadas de sus cuerpos
con las marcas blanquísimas de los trajes de baño
y un sobre con postales de vocación turística
que guardaron por siempre como un talismán:
el farero viejo cortando caña,
la junta de los bueyes en la plaza del pueblo
y una chica en biquini diciendo *okey*.

Ocho de la mañana

Le miro cómo duerme enredado en la sábana.
La esponja del descanso le borra los sentidos.

Deja pasar dos planchas moteadas de luz
la ventana entreabierta
picotea en el borde de un tiesto de geranios
un gorrión tremante
con ojos de cabeza de alfiler
y el picoteo se hace
del ritmo de una frase inquisitiva.

Pero no se despierta.
Se abraza a la almohada, se hunde como en nubes
y me atrapa al volverse alzando una rodilla.

No sé si formo parte de su sueño.
Querer es una escala y no sé si alcanza al sueño.

Dejar la poesía

Por restar mientras que tú sumas.
Por llenarte de pájaros la mesa.
Por llevarte adonde no sabes salir.
Por castigarte sin hablar.
Por decirte: estás solo.
Por preferir que cargues
con su dolor de siglos
cuando te sientes nuevo.
Por su imán descabellado.

Por la sed que produce
cuando finge ser agua.
Por su vida paralela.
Por hablarte
cuando quieres dormir.
Por su orgullo de bestia descamada.
Porque mira a la muerte
con el rabo del ojo
cuando canta oh belleza.
Por no dar explicaciones.
Por suficiente.
Por insuficiente.
Por beberse la sombra de mañana.

Nudo simple

Me compensa la luz de aguja
hasta el cristal del vaso
y el fondo de telón de las casas vecinas.
No puedo ver adentro.
Un círculo no somos,
sobrevive la oruga que come de las hojas
de los primeros días. ¿Por qué?
Un invierno es un cauce,
una mentira es otro.
Me despierta pensar en donde acabo cada vez,
en si alguien falta.

Esto ya no es una experiencia

A José Luís Piquero

Conducía un tres puertas azul de doce años que heredó de su padre y que ya renqueaba. Con él cruzaba el puente después de medianoche, como una mecha ardiendo suspendida en el río.

Llegaba así a este lado de ciudad luminosa, se acodaba en la esquina de un local atestado y dejaba en sus ojos vagar su transparencia, como vagan dormidas las fieras de un acuario.

El tirón de la carne era dulce y violento, sólo a él respondía de manera feliz y tornaba la vida animal y jugosa.

El resto era roer las sobras de un banquete.

Se llamaba David, según me dijo, sólo andaba detrás de lo que era posible, y ayudaba a su madre en un taller de ropa.

JOSÉ LUÍS PIQUERO



José Luís Piquero (Mieres, 1967), ejerce el periodismo cultural en un semanario asturiano, escribe crítica de libros y arte y ha recibido el premio *Ojo Crítico* de poesía de la Radio Nacional de España por su libro *Autopsia* (2004). Ha traducido al asturiano poemas ingleses y una obra de teatro de Tennessee Williams. Ha publicado los libros de poemas *Las ruinas* (1989), *El buen discípulo* (1992) y *Monstruos perfectos* (1997).

Mensaje a los adolescentes

Esto no debéis intentar repetirlo en casa, niños.

Niños, probad a hacerlo en casa
y sabréis lo que es bueno sin que os lo cuente nadie.
Recordad que no hay nada que vuestros padres
puedan enseñaros.
Ellos no son vosotros.

Acostaos, bebed.
Hace siglos que están ocurriendo estas cosas
y nadie ha demostrado
que sean mucho peores que una guerra.
Existe un paraíso tras esa raya blanca.

Cuanto hace daño y no hacéis,
niños, lo estáis cambiando por la serenidad.
¿Os han hablado de ella? ¿Sabe alguno a qué sabe?

Si ignoráis quiénes sois evitad el rodeo
de averiguarlo uniéndoos a los demás. Una plaza en el grupo
es un puesto en el mundo;
ahora bien, niños,
que levante la mano el que quiera morirse siendo
útil y sensato.
Tenéis razón: no es nada divertido.
Por lo demás, sé que no sois felices,

a lo mejor pensabais que todo el mundo os odia.
Pues es cierto,
pero sobran motivos: sois jóvenes y estúpidos
y no tenéis derecho
a todo ese futuro que vais a malgastar (como nosotros).

Entonces, ¿estáis solos? Así es.

Aprended a ser libres, practicad la mentira;
sabréis por experiencia que es más sólida que
una verdad pactada.
Y sobre todo,
niños, no creáis
que la vida merece la pena de vivirse
sólo porque lo juren desde siempre los peores canallas.

Oración de Caín

Gracias, odio; gracias, resentimiento;
gracias, envidia:
os debo cuanto soy.
Lo peor de nosotros mantiene el mundo en marcha
y la ira es un don: estamos vivos.

De quien demonios sean las sonrisas,
derrochadas igual que mercancía barata,
yo nunca me he ocupado.

Gracias por no dejarme ser inconstante y dulce
mientras levanta el mundo su obra minuciosa de dolor
y nos hacemos daño unos a otros
amándonos a ciegas,
con torpes manotazos.

Yo soy esa pregunta del insomnio
y su horrible respuesta.
Bésanos en la boca, muchedumbre, y esfúmate,
que estamos siempre solos y no somos felices.

Gracias, angustia; gracias, amargura,
por la memoria y la razón de ser:
no quiero que me quieran al precio de mi vida.

Gracias, señor, por mostrarme el camino.
Gracias, Padre,
por dejar a tu hijo ser Caín.

EVA VAZ



Eva Vaz (Huelva, 1972), es Licenciada en Filosofía por la Universidad de Sevilla, donde también hizo cursos para actriz de teatro, profesión que ejerció durante algunos años, hasta que pasó a dirigir una empresa de gestión cultural. Ha recibido algunos premios de poesía, género en el cual ha publicado *Ahora que los monos se comen a las palomas* (2001), *La otra mujer* (2003) y *Leña* (2004). Los poemas que publicamos hacen parte de su libro, de próxima aparición, *Metástasis*.

Cuatro

Haz el amor con todo lo que sabes.

Jaime Sabines

Esta noche los cuatro
nos damos libremente,
como obsequios.
Ya no somos parejas y formamos
un círculo perfecto.

Un placer sin palabras,
algo así como un juego de calor,
mas con las mismas mañas del amor entre dos.

Y el latido de manos y de bocas
con su idioma de sed:
en cada piel absorta que se posan
tocan un corazón bajo la piel.

Sobre este cuarto ha descendido el mundo,
la luz intacta de la vida breve
envolviéndonos juntos
mientras la noche afuera dura y llueve.

No volveré a estar solo.
Después de haber amado así, la muerte
no me tendrá del todo.

Yo no quiero

*Yo quiero que sufras lo que yo sufro
y aprenderé a rezar para lógralo.*

José María Fonollosa

Yo no quiero que sufras
lo que yo sufro.
Yo quiero que sufras
más.
Yo te quiero más roto
que yo.
Más desguazado
que yo.
Yo quiero que el dolor
te destroce el esternón.
Que tengas que luchar
a todas horas
por sobrevivir sin ganas.
Que no soportes
ser el hombre más miserable
del mundo
por quererme a tu lado.

Yo ya lo sufro.

No quiero que me odies.
Odiando se hace más fácil
la ausencia.

Yo quiero que sufras
lo que yo sufro.
Yo quiero que te asfixies con tu llanto,
que no encuentres paz
en ningún sitio.
Que no soportes el peso
de tu cuerpo
sin mis dedos.
Yo quiero que el miedo
no te deje dormir,
como un dolor insomne.

Yo ya lo sufro.

Yo quiero que sufras
lo que yo sufro.
Yo quiero que vengas,
rogando en silencio,
muerto de miedo, inseguro.
que vuelva con tigo.
Que sin mí, tus días
son estertores.
Como mi pésame diario.

Dime que sufres lo que yo sufro.

Y dímelo llorando.

El hombre del brazo de oro

Voy asistiendo a tu entierro
lento y cotidiano.
Observando la evidencia
de que la ironía
es la única respuesta
que te permites
cuando te miras por dentro.
El exceso,
cuando te miras por fuera.
La benevolencia,
cuando lloras tu caricatura.
Cuando das manotazos torpes al aire
como un espantapájaros desmesurado
y absurdo.

Y es que asisto a la certeza siniestra
de que por fin encontraste dentro de ti
el único calmante
para la fatiga de ti mismo
y tu dolor de mundo.
Para rendirte a un determinismo
estético y sedante.

En este mundo estás muy huérfano.

Y es que prefiero obviar

tu suicidio lujoso y sórdido;
tu suicidio doméstico,
hortera y elegante.
Quiero obviar el exceso
de tu propia exhibición.
Y el perdón que te concedes.

Y me pregunto quién quieres ser
probada la droga de la autocomplacencia.
Comprobada la amabilidad de tu gesto
cuando te llenas las venas de paz
y la camisa de sangre.

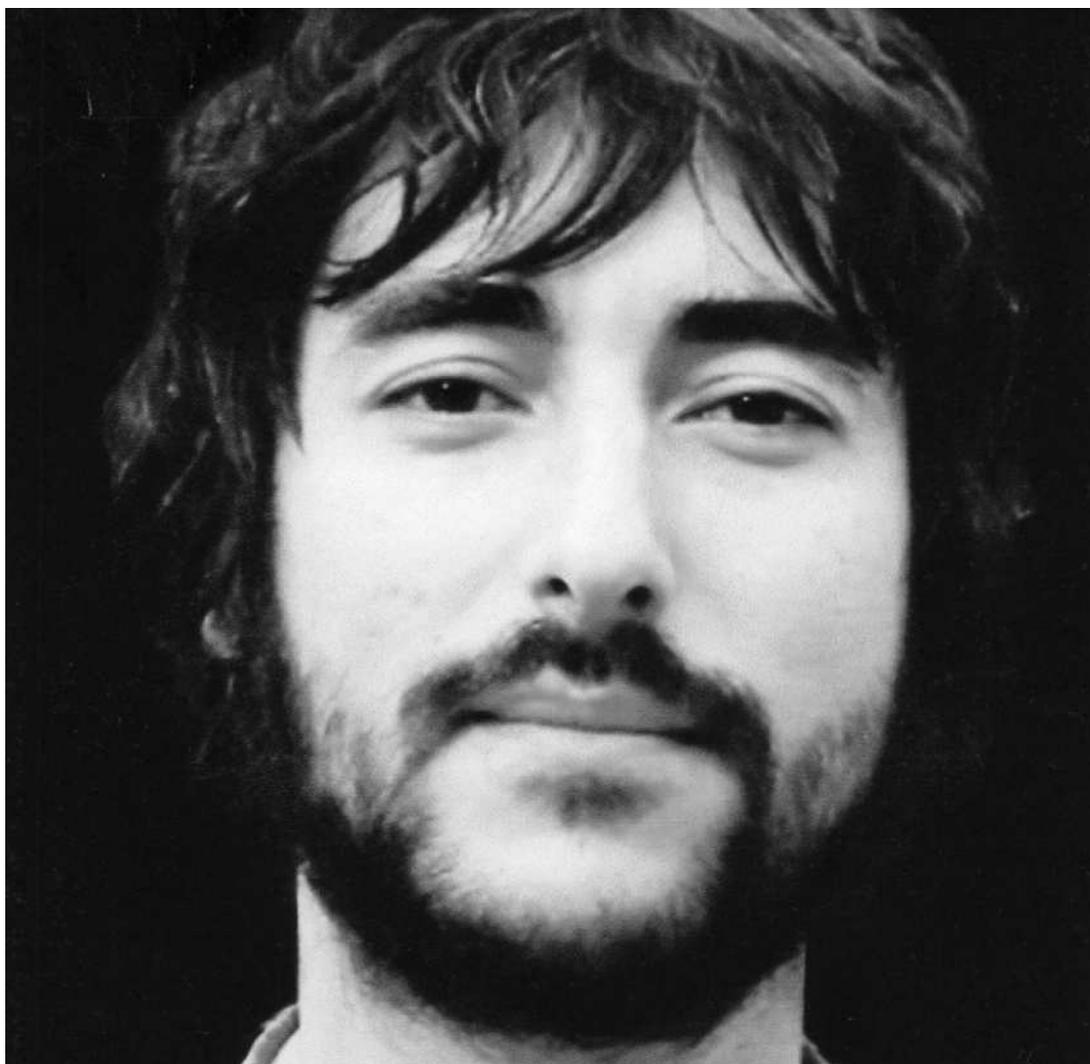
Si te convertiste en un hombre de corcho
o de hojalata.

Nunca supiste cuánto te amé
sin amarte.
Nunca.

Y ahora, ahora,
ponle música a estas letras.

Y canta, canta...
yo bailaré, bailaré
bailaré...
hasta el día en que
te mueras

ABRAHAM GRAGERA



Abraham Gragera (Madrid, 1973) es Licenciado en Letras y dirige con Carlos Pardo la revista literaria *Anónima*. Trabaja como editor. Ha publicado *Adiós a la época de los grandes caracteres* (2006).

Casi demasiado serio

El aire que improvisa, inacabado, los gestos imprecisos, las cosas que se cogen sólo para soltarlas... me gustan, porque no van a ningún sitio, pero no llegan nunca tarde.

Inestabilidad, tienes nombre de milagro. Somos nosotros los que decimos adiós, los que decimos... Ah qué no te regalaría si supiera cuánta fruta es un buen regalo... Estaba todo lleno de racimos, la tarde los miraba con nostalgia

Tal vez porque la soledad es todo lo que ocurre alrededor de ella, las cosas nos enseñan cuánto amor se necesita para pasar desapercibidos. O cuánto deseamos que nos interrumpan.

Las moscas, como el siglo diecinueve, lo sabían: las cigarras celebran el amor,

no su visión del mundo: la orilla añora el roce de sus eles: mirar un río es también ahogarse.

Si pudiera, pensé, volvería al pasado a por la ropa de entre-tiempo, pero la nieve que cegó mis nueve años, con un helor de ojo sin pupila, para borrar el mundo y prometerlo, aún no se ha derretido. Mientras que aquí, el verano y el otoño resultan demasiado familiares para disfrutar de la seducción de los extraños, y demasiado extraños para hablarles con familiaridad:

El sol y la llovizna juegan a la sed

Quizá porque proponen un nuevo concepto de doma, las tragedias son, no sé, tan infinitivas... que no parecen hijas de su tiempo, verbal, imperativo. Y lo que nos ocurre es siempre una liberación, un despertar:

Si con pasos de arena, balbuciendo han entrado ladrones en la casa, te bañaste en mi sueño, ¿no fue para que yo te respondiera no te preocupes, son los nuestros...

Aquella nube bruta, este barro tan dócil...

Ya verás como siga así este tiempo. Van a proliferar las elegías.

Adiós a la época de los grandes caracteres

De algún modo, tú siempre lo has sabido. Pero cuántas novelas permanecen sosegadas ahí, sobre la alfombra, a merced del no tan robusto suelo, abiertas por donde nada ha sucedido aún. Y las damos, sin más, por terminadas, para buscar alojamiento entre el pasado y la gramática, donde cualquier alivio es soledad...

Ah el presente, derroche virtuoso de la curva antes de la aparición de los rincones. Parece que no llega a suceder.

Alzar ahora la voz en este cuarto vulgar de primer piso, vertedero de armarios y secretos generalizables, resulta algo ridículo. Aunque también lo sea depurar ciertas palabras de su exceso de infinito.

Así, la telaraña dice adiós a la época de los grandes caracteres, mecida por el aire, la presa, el cazador.

Así el pasado planta cada lugar en el lugar preciso y asienten, prometeicos, los objetos, porque no son justificables. Aunque se les juzgue, también, por lo contrario, forzando a los decoradores a officiar de guionistas.

Y aquí es donde entras tú, con tus ropas a medio poner, rodeada de tajantes precipicios. Las olas sonrían, desdentadas. Las ve-

nas restallan, emotivas, tensas en los violines del deseo cuando tañen su no feroz a las interpretaciones para sobrevivir a los profesionales de la insatisfacción. Y al destino, que siempre será romántico, de la arena a la actualidad.

Así responden los ahogados al disimulo de los peces, y se venden más clásicos sin anotar en los supermercados.

Digamos sólo fue, o volvió, la ola. El resto no es burla, ni venganza, sino un malentendido que cada uno trata de resolver a su favor, como buscar el pájaro que canta entre el follaje y ver únicamente el serrín del taxidermista.

Retorcido, aunque no tanto como acusar a los árboles de manierismo. O al viento, que todo lo enarbola, de adelantarse a las manos, y susurrar entre dos cuerpos, como un desaliñado mayordomo: reportaos...

Sexo sordo

Esta tarde las rosas tenían el aspecto de saberse orejas.

Si siguen así acabarán diplomándose en vida de los insectos. Y vendrán divertidos buzopeces a estudiarnos.

Seres impedernibles pero no fabulosos desde el punto de vista del galápagos, esa mezcla de zoología, geología, botánica y costumbres.

Debe de haber algún lugar donde las mariposas se comporten como pétalos, las caricias como manos y la sílaba quebrada del dolor no rime con el big bang. Sin veletas que seduzcan pararrayos, ni rayos suspendidos en lecciones de sol.

Allí lejos, al sur, tengo mi casa, donde tanto aprendí sobre la muerte y tan poquito sobre la inminencia.

Rumor de molinillos. Medusas confitadas. Me pregunto, joven ficus, cuál es en realidad el sentido del tacto.

Me sobran atributos para el verbo mujer, en cierto modo un río cazado por su presa. O tú cuando llegaste a mi primera madurez de pic nic, patrocinando el clima.

Digo que verte acariciar al sueño como a un animalillo doméstico no significa que el universo comenzara con un aplauso. Quizá en un tono que incluyese traducción de crujidos, margaritas dialécticas, trajes para bailar el *porquesí*... O grumos religando como nada volverá y no tengo prisa. En cuanto a colocarme de espaldas al océano, es casi como llevarlo encima. Así te miro cuando pasas de ese afán suyo de permanecer como el beso de un sordo, como el músculo que se preguntara qué es el empuje.

Cuando afirma, ola tras ola, la proporción exacta que nos hurta la dicha del microbio, cediéndonos a cambio el virus de la forma.

Ese ir y volver, volver primero.

ANTONIO LUCAS



Antonio Lucas (Madrid, 1975). Es Licenciado en Periodismo, redactor de cultura de *El mundo* y articulista de *La Verdad* de Murcia. Publicó *Antes del mundo* (1966) y *Lucernario* (1999), por el que recibió el Premio Ojo Crítico de Poesía, que concede Radio Nacional de España. Es autor de la antología *Ocho poéticas de hoy. Nuevas voces en la poesía española* (1997). Este año aparecerá su nuevo libro de poemas, *El humo de la ausencia*.

Luís Cernuda

1902-2002

¿Es al peso desmayado de las cosas
a lo que llamas mundo?

¿A una huella joven y sin ansia,
a ese mar de hace un instante,
a la terca claridad que se hace alma
o luz casi llorándola

¿Llamas mundo a la raíz o al árbol?
¿Llamas odio al tiempo, lo llamas labio
—dichosamente solo—
buscando el cárdeno misterio rebelado
que en cada cuerpo habita?

Dime, ¿morir es nacimiento o es vacío?
La luz en medio de la mano, qué tempestades alza;
quién desordena el agua como un nombre,
como un palpito húmedo de noche?

¿Quién eras, vibración del fuego,
atalaya de pura transparencia,
oráculo en derrota, fulgor de la deriva?

Insurrección

Y si esta luz laboriosa fuese principio del fuego,

¿de dónde vendríamos nosotros?,
¿de qué derribo de senderos no pisados,
de qué ola presentida, de qué bosque de aire,
de qué detonación, de qué ciego apetito, di,
de qué alfabeto contra el hombre?

En los ojos llevas la abrasada flecha de tus sueños,
a la tenue orilla del desierto das tu nombre
y has hecho de tu edad un ábaco de olvidos
porque no te gusta el mundo,
ni su orden repetido hasta la usura,
ni su lento devenir en agonía,
ni el celoso brío que lo alienta
y a la vez lo desmorona.

Sobre la piel de Junio la noche acumula lo que miras,
así se va haciendo el horizonte.

Te necesito, sí, me necesitas.

Eres la lenta gestación de una sombra abandonada,
una incesante suma de espejo y lejanía,
flor nacida en lo blando del hueso,
polizón que mi sangre remonta desde abajo

y del que nada sé, ni siquiera el rumbo de su herida.

Si tu silencio se propaga,
si en el libro abierto del vértigo te encuentro ahora,
si estallasen las palabras bendición y vacío
y en su conciso esqueleto quedásemos tumbados
entre un miedo y dos voces que se llaman,
seríamos, quizá, más libres en la huida, más ciertos,
más impacientes cogidos de la mano,
hechos de niebla espléndida, no os acerquéis.

Aparejad el corazón al frágil mundo

hasta ser su voz primera,
hasta el último fulgor,
hasta ser del vuelo la caída.

Madrid 20-7-2005

El secreto

De esta fiebre mercenaria nadie sabe. Sólo en tu fondo prende el secreto, en tu estruendo de jardín extraño. A tus pies apoya el tiempo su triunfo de cadáver, pero nada puede con tu edad. Llevas en las manos una sed furtiva, impronunciable, una derramada impaciencia. Hay en tu pecho un oleaje de tristezas no iniciadas y un albedrío de nombres que sólo en tu abrazo hallan la forma.

Tienes la venganza apunto, abierto el sexo contra el alba, y ríes como quien dice la verdad, o como quien busca con la lengua el jengibre del deseo, o corno quien abre la mansión de la penumbra a mayor gloria del exceso, de todos los excesos. Vives el conjuro del instante, mi turbia amiga inesperada, propagando un fuego y un atardecer. Vives como vengando a los muertos prematuros, apartando el frío, a partir del sexo, con una trashumante propensión a los néctares prohibidos, al trémulo sudor de las raíces, al zumo bullicioso de los bosques, al agrio talismán de los laboratorios. Y de tu espalda, y de tu aullido, y de tu desvanecida música si duermes llega hasta mí esa vainilla de alegría, esa gota que unge, huésped del sobresalto, el vals menesteroso de lo aún por suceder.

Madrid 5-1-2006

CARLOS PARDO



Carlos Pardo (Madrid, 1975), hizo estudios de Filología Hispánica en Granada; dirige, con Juan Antonio Bernier, la revista de poesía *Istmo*, colabora con el Centro Andaluz de las Letras y en 2001 ganó el Premio Emilio Prados por su libro *Desvelo sin paisaje* (2002). Antes había publicado *El invernadero* (1995) y coeditado, con José Manuel Mariscal, el volumen de ensayos *Hace falta estar ciego. Poéticas del compromiso para el siglo XXI* (2004).

El trabajo es

El trabajo es precioso,
tengo muchos estímulos,
aunque me absorbe -un verbo fluido,
hecho monstruo el amor adolescente,
sintético, operado... Beatriz
inspiratriz de la primera lírica,
de la candida adelfa juvenil.
Nada que ver contigo, amor,
no estés celosa, nada
que comparar a nuestra vida
que me posee con lazos
de actualidad.
Nadie a quien entregarme
sino a ti, narrataria
en casa de tus padres, ajena al revoltijo
emocional que me hace perder pie
y caer en el tiempo
(recostado en salitas con consolas
fútbol y culo gordo
adolescencia
humillación del cuerpo
un aire de venganza remanente).

Pero hoy no me habitan,
mi premio es no impregnar.
Por barrios comerciales,

residencias, parterres,
frutales perros bola, el autobús
se abotona el vestido:
doméstico el cabello, vertebrado
de nuevo en la mediana edad
de la dispepsia, sin
leyenda personal,
un redivivo yo dietario.

Y para el caso sigo siendo
el nuevo de los cócteles.
Yo era un niño y ahora soy un niño.
En rumorosos antros
de literarias castas
me acompaña un olor de púber calcetín.
Yo era un niño y ahora un jovencísimo
niño viejo. Me fui,
volví y bebí. No he sido recordado
más que un instante, y otro,
jamás de cuerpo entero.
Perdurará mi nombre, hasta
donde sé, en las personas
que vuelvan a llamarse Carlos Pardo,
y quizá alguno, por curiosidad,
hojee este libro. Empero
me analizo,
tomo apuntes, recojo
las mondas de una biografía

actualizada, augusta
contra mi pecho. Nunca un menos duro
yo, casi huecograbado,
provocó reacciones airadas y sumisas tan...
excepto en ocasiones que traicionan la lengua,
la ontología de las frases hechas.
Vivo una vida desapercibida.
Y esta autoafirmación
es humildad, es humildad.
Sobreexpuesto al ridículo,
una mano velluda que aún escribe
contra el amor, aunque el meñique roto
ya sospeche del cuerpo. En el mar,
poca cosa. Subido a la tarima,
seductor con diploma.
Egotista porque la intimidad
me comunica bien, parece
casi como no ser
o ser otro, pintar —qué verbo
resta si no pintar- cálidos cuartos,
un girasol color cabello,
con cantarina voz de mulata o enano.

Alguien está

Alguien está tensando
la malla de los términos,
pero dónde suceden las palabras de amor

y quién se atrevería a sostener
tirante el arco rilkeano
sin dispararse en una identidad
y que lo llamen cura.

Vivimos para nuestro tiempo.
Clásicos. Indigentes.
No ocupamos lugar
en las metáforas de lo habitable.
El ojo ya no acude a la mano,
aunque le llega el eco de los huesos
y le habla de tú.

Contigo nada tiene
que ver la arquitectura
puritana. La luz no te limita
y curva el horizonte
para que te imagine
sensual: exactamente como
las cosquillas de un perro entre el estómago,
que da melancolía,
y el corazón, que da conversación.
Traiciono mis principios porque no te poseo
pero soy rico porque no poseo
y pobre por lo poco que pudiera perder.

JUAN ANTONIO BERNIER



Juan Antonio Bernier (Córdoba, 1976) es Licenciado en Filología Hispánica y profesor de Literatura en el IES Dionisio Alcalá Galiano de Cabra. Ha codirigido revistas como *Zarisma* e *Istmo*. Participó en la traducción colectiva de *Música urbana* (2003) y la coordinación, junto a François Michel Durazzo y Carlos Pardo del evento *Cosmopoética* del año 2005. *Así procede el pájaro* (2004), uno de sus libros de poemas, recibió el premio Ojo Crítico de la Radio Nacional de España.

Mi rostro de mañana

Con la luz apagada,
me contraigo para dormir.

Si pudiera ver mi rostro
en esta oscuridad.

Imagino mis párpados
hundiéndose en su sueño,
mi blanda nariz alerta,
la boca
como un trapo rosado
sobre el duro mentón.

Con la luz apagada.

Esta idea de verme.

Anisa

Qué hermosa habitación en penumbra
la nuestra
a las doce de la mañana.

Mi ropa
colgada de cualquier

forma
sobre tu bicicleta.

Palabras
provocadas
por el tacto.
Mandíbulas y humo.

Nuestras voces, una a una.

El poema de Fernanda

Creo que no,
pero te digo
que sé hacer cosas con las manos.

Lo digo y pienso en tizas y pizarra.

Yo no soy como tú,
como tú con tu viola.

Un poema no se escribe con las manos.

Blanket

El muro está adornado con fragmentos de loza,
alzado con despojos.

Hay árboles frutales
que justifican la parcela,
pero no su fealdad.

Hay amigos que beben
y sonríen,
como a todo lo nuevo.

Hay un espacio en blanco.
Ese blanco eres tú,
convergencia de afectos.

Hay un pupitre volcado
sobre un montón de arena.

Un socavón en el suelo
que será una piscina.

Una luz inocente
que nos vuelve perversos.

Pienso en ti, tu lugar.
Lo que no hay.

Un relato pictórico casual

1.

Anaqueles de ropa tendida.
Sugieren algo risueño
allá en lo alto,
contra un fondo de ladrillo.

Como este chaleco de obra,
dominical, naranja,
tendido boca abajo,
suspendido en su sueño.

2.

Área de sol,
resplandece en tu margen.
La sombra ha de llegar,
lo sabes, narrativa.

3.

Cuerda combada.
Posturas de la siesta.

ANTONIO PÓRTELA



Antonio Pórtela (Huelva, 1978) es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, donde realiza un doctorado en Literatura y Cine. Ha publicado numerosos artículos dedicados a los mitos del cine y la literatura española y estudia lengua y cultura japonesa. Artista conceptual, con su libro *¿Estás seguro de que no nos siguen?* (2003), ganó el premio Andalucía Joven 2002 que otorga el Instituto Andaluz de la Juventud. En 2004 recibió una beca para ampliación de estudios artísticos en la Academia de España en Roma.

Contacto

No apresuro mi tacto.
Espero unos segundos
a que tu piel responda a los indicios
que marco con mis manos.
Fluctúa mi llamada por tu cuerpo
lenta como la miel, y miro alegre
en un milímetro de tu epidermis
surgir entonces como de una fuente
la púrpura y el vino

Europop

Bailemos, pues, Morfeo
y propaguemos juntos
este latir continuo
y encendido. Qué cerca
estamos esta noche
de vivir prodigiosos,
policromos y bárbaros.
Son propicios los ritmos,
alguien pulsa metódico
escalas simples, golpes
sincopados estéreos.
Las luces desdibujan
el animal contorno

que salta, ahora azul,
y allí, rojo, detiene
su frontera el silencio.
Ya somos hologramas.

Nos brotaron diamantes
en la agitada piel
y como lince fluyen
últimos, sigilosos.
Quién contendrá este arroyo
que brinca de lo umbrío
al resplandor, que ignora
alegre su reposo.
Bailemos, pues, Morfeo,
cedamos la quietud
bajo estos dulces coros
de algún lugar de Europa,
y volvamos a casa
antes de que la Aurora
esparza en nuestras nuca
las cristalinas ánforas
del claro despertar.

Atopos

Animales al margen de la especie,
a nadie asemejamos desde que estamos juntos,

irreductibles al lenguaje simple,
no nos pueden nombrar sin errar su dictado:
no somos sucesivos,
nada de lo vulgar nos representa,
inútil es buscar lugar que nos afirme
que estamos en el mundo como el resto del mundo:
nosotros somos los originales

Ascesis

Culpables solamente de la ropa que media
caminamos sagrados por la casa,
despojados al fin miramos nuestros cuerpos,
son necesarios, pienso, la pobreza y lo abstracto,
de un lado a otro dispersamos juntos
el confuso vagar de las admoniciones,
las saetas, las cifras, los ladridos,
las crónicas dudosas, y como los ascetas
prescindimos del mundo para amarnos

JOSÉ DANIEL GARCÍA



José Daniel García (Córdoba, 1979) ha cursado asignaturas de Humanidades y termina un Diplomado en Ciencias de la Educación en Inglés, es gestor cultural y eventualmente *barman*. Obtuvo el Premio Andalucía de Poesía Joven en 2005 con su libro *El sueño del monóxido* (2006). Ha publicado con anterioridad dos *plaquettes*: *Regreso de Neverneverland* (2002) y *Stupid World* (2003).

Mary Moon camina por Gran Vía

Mary Moon camina por Gran Vía
como un escaparate en movimiento,
precoz equilibrista sin alambre
oscilando entre el sueño y las agujas.
Selenita famélica y azul
desterrada al planeta de los zombies,
en las colas del metro sobrevive
tomando vitaminas contra el miedo.
La luna es un motel de carretera
donde la desahuciaron.

Mary Moon,
flor de los orfanatos, deshojada
en colchones de espuma y textil frío,
entablilla la rosa mortecina
y sube a un coche nuevo.

La chica de la curva peligrosa

La chica de la curva peligrosa
quiso tocar las flores del arcén.
Enterraron su cuerpo en la cuneta.

Vidrio suave sus ojos
tienen el tono azul de un mar deshabitado,
el pelo le acaricia los tobillos,

las larvas no se atreven a morderla,
las raíces formaron atalayas
protegiendo su cuerpo de la lluvia;
bajo el manto freático reposa
el milagro engastado en cera virgen.

Una cruz en el suelo es un tesoro
oculto bajo un párpado de tierra

Cose tu viejo sueño a la almohada

Cose tu viejo sueño a la almohada,
arruga el edredón y la tristeza,
despierta a Peter Pan desde mi oído,
devuélvele la sombra, y que se marche.

No quiero ser el niño que no entiende
el mecanismo de un reloj de arena
mientras los granos caen, inexorables.
Ayúdame a quedar en tierra firme
lejos de cocodrilos y piratas
prisioneros al mástil de fracaso
o al solitario ron de las tabernas.

Subamos a la noria de los días.
Quiero crecer pegado a tus rodillas.

Como cada Noviembre las agujas

Como cada Noviembre las agujas
orientan a los muertos hacia proa,
hunden su labio único en las piernas,
cosen las medias rotas;
amapolas de sangre coagulada
florecen a su paso.

La barca de los muertos es de ámbar,
el río de algas grises. El barquero
lleva un imán prendido en la solapa
y un dedal amarillo. Las agujas
forman una atalaya sobre el pecho.

Sentados en el muelle despedimos
las mejillas moradas de mi hermana.
Huele a madera húmeda y a polen.
Mamá la anuda al cuello, enloquecida;
mi hermana, sin querer, la va asfixiando.
Después besa la cal, traga saliva,

dejamos lirios frescos en su lápida.

ANTONIO AGREDANO



Antonio Agredano (Córdoba, 1980) estudia Derecho en la Universidad de Córdoba, conjugando la carrera con su trabajo como D.j., en diferentes salas de la ciudad. Ha sido incluido en la antología *Inéditos* de Ignacio Elguero (2002) y *Andalucía Poesía Joven* de Guillermo Ruiz Villagordo (2004). Actualmente está preparando el cuarto disco con su grupo de música *Deneuve*. Su primer libro se titula *El incendio cerise* .

No quiero regresar

Creo en ti
una mariposa de cobre se ha posado en tu espalda
en el mar templado del inconsciente bueyes de espuma aran
las costas

no quiero regresar
aquí hay un abismo con su plácida caída
allí creemos que los sueños son paisajes de piedra
aquí los cuerpos sobreviven al tiempo con gesto suave
allí el tacto es espeso entre los hombres

déjame perturbar una vez más el recreo de tu infancia
cierra los ojos para ver

cierra los ojos para ver pero no duermas
el cielo pestañea y se enfría cuando desliza la tarde

Fotografiaron

Fotografiaron su cuerpo desnudo
apagaron las luces del quirófano

la bolsa de plástico esconde la brillante carne
y una lengua de sal atraviesa su pecho

recibió una carta de su amante:
pequeño
no deja de llover
la casa está vacía sin ti

Ababol

Mejilla ababol deshecha en números tú eres
de las mujeres la superreina tímidamente tumbada
sobre tu reflejo
hay flores que mueren en una sola noche
tu estás cerca de no amanecer
ababol miente
las mentiras crecen como corazones en tu mano
guardas celosamente una llave que no abre nada
no reces un demonio te desenreda el pelo tras el baño

esto es un sueño ababol

un sueño de mejilla ababol tu madre te busca
ha abierto en dos la montaña
ha abierto en dos mi pecho
y te busca dentro y yo sé que estás aunque ella
no te encuentre

¡despierta! hay flores que viven solo un día

1983

Dos bocas se retuercen en el baño
las calles están cerradas en su enjambre de labios nuevos
en su inquietud de círculos superpuestos

perdimos el don de la palabra matamos a los primeros
mamíferos repetimos de memoria el rítmico verso
de las máquinas

el poder se decía es un paisaje
en los nudos sangrientos de la higuera

El incendio cerise

Ahora caminas sobre el vientre colérico de un mundo
que amanece incrustado en tus tobillos
olor es un viaje luminoso
temes la enfermedad temes la carne blanda de
los adolescentes
la luz furiosa golpea tus párpados
labios ensangrentados te aguardan en la espina de la mañana
se abre el paisaje ante los ojos
arrastrado hasta el fondo de la conciencia
la estación armada
allí estabas tú y los hombres devoraban trigo a manos llenas

La razón y el verbo

El roce del amor destruye el afilado
delirio de las naciones
dormimos sobre el lomo de una bestia su contorno
es de espina firmamento

déjanos crecer contra ti en el espacio árido
que rodea tu nombre y el de tus iguales

éramos la flor y el tacto éramos luz
hasta que la razón y el verbo lo envilecieron todo

Esta muestra [titulada **Lógicos y órficos**] de la más reciente poesía peninsular, de jóvenes nacidos entre 1966 y 1980, fue preparada para Arquitrave por **Luís Antonio de Villena** y se publica con la plena aceptación y conocimiento de los autores incluidos.

Luís Antonio de Villena (Madrid, 1951-), hizo estudios de lenguas clásicas y orientales y es Licenciado en Filología Románica por la Universidad Complutense de Madrid, pero desde muy joven se dedicó a la literatura y el periodismo gráfico y radial. Ha dirigido cursos de humanidades en universidades españolas y extranjeras y es Doctor Honoris Causa de la Universidad de Lille. Su obra, en prosa y verso, ha sido traducida a diversos idiomas como alemán, japonés, griego, francés, italiano o húngaro, y ha recibido, entre otros premios, el Nacional de la crítica, el Internacional de poesía de Ciudad de Melilla, el Sonrisa Vertical de narrativa, o el Internacional de poesía Generación del 27.

Escribe regularmente para periódicos españoles como *El Mundo*, *El Periódico de Cataluña* y colabora en emisoras de radio como la RNE y la cadena SER. Ha hecho traducciones, antologías y ediciones críticas. Es *Duke of Malmundo*, título que le fuera otorgado por Javier Marías, actual monarca del Reino de Redonda.

De Villena publicó su primer libro de poemas, *Sublime solarium*, en 1971. Su obra lírica está reunida en *Poesía 1970-1984* y *La belleza impura* (1990). Es también autor de novelas como *El burdel de Lord Byron* (1995), *El charlatán crepuscular* (1997), sobre Oscar Wilde y *La nave de los muchachos griegos* (2003).

De su variada y extensa obra ensayística deben destacarse *Leonardo de Vinci* (1993) y *Carne y tiempo* (1995) sobre la vida y la obra de Konstandino Kavafis.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

Luís Antonio de Villena
Francisco Massiani
8 poetas venezolanas
César Biso
Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Rowena Hill
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Li Bai
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva